

## A ESPALDAS DEL MUNDO



ALEJANDRO GAVIRIA

**E**N MAYO DE 1948, con veinte años cumplidos y una carrera de derecho truncada, a medio empezar (“no era un estudiante ejemplar en cuestiones de asiduidad”), Gabriel García Márquez comenzó a escribir una columna en el diario *El Universal* de Cartagena. Su talento era ya conocido en algunos círculos de escritores y periodistas. Para el aprendiz de escritor, una columna diaria era un ejercicio de entrenamiento, una forma rutinaria de ir puliendo un talento exuberante, de ponerlo a prueba y exhibirlo con relativa impunidad. Los mejores columnistas aciertan, a lo sumo, en uno de cada tres intentos.

La columna tenía un título inquietante, clarividente podría decirse (con García Márquez las exageraciones son parte del libreto): “punto y parte”. El joven escritor, seguro de sí mismo, se tomaba con frecuencia algunas licencias poéticas. “Y pensar que todo esto estará alguna vez habitado por la muerte. Que esta cálida madurez de tu piel, que sube por mi tacto hasta el abismo de mi desasosiego, tiene que desgajarse un día sobre su propio silencio desolado”, escribió en julio de 1948.

En septiembre del mismo año, en su columna número 47, García Márquez escribió un breve comentario literario, una nota sobre el escritor inglés Aldous Huxley. “Optimismos de Aldous Huxley”, se llamaba.

No tengo noticias de que este libro —cuyo título original es *Brave New World*— haya llegado a las librerías, ni si existe ya la versión en nuestro idioma [...]

Según entiendo, en *Brave New World*, Huxley debe presentar circunstancias análogas a *Un mundo feliz* —una de sus obras de mayor demanda por razón de su humorismo amargo— pues en ambos volúmenes la acción se desarrolla en lejanas épocas futuras. [*Un mundo feliz*] es una crítica aguda al mecanicismo de la época [...], un cuadro utópico destinado a punzar duramente a las sociedades que están dando toda clase de preeminencias a la máquina sobre el espíritu. En *Brave New World*, en cambio, Huxley sí hace una profecía. [...] Llega a las conclusiones de que los hombres encontrarán al fin los medios para encontrar una sociedad “genuinamente humana”.

Al final de la columna aparece una frase reveladora que da algunas pistas sobre el asunto, sobre toda esta confusión, sobre el supuesto optimismo de Huxley (en *Brave New World*) y su probado pesimismo (en *Un mundo feliz*). Aparentemente, García Márquez había leído un comentario sobre la novela *Brave New World* en la revista estadounidense *Life* y supuso erróneamente que se trataba de una nueva novela recién publicada y en ciernes de traducción. No sabía, no tenía por qué saberlo, que el traductor de la novela en cuestión

La soledad de América Latina, nuestro aislamiento, la diferencia (el abismo) entre la manera como percibimos nuestra realidad desde adentro y como otros la perciben desde afuera, no ha sido la misma en Buenos Aires, México o Río que en Bogotá o Cartagena.

se había tomado también sus licencias poéticas con el título de la famosa distopía de Huxley. El mundo nuevo y valiente en inglés, era el mundo feliz en español.

La anécdota es insustancial, frívola podría decirse. Trae a cuento el gazapo de un joven escritor apurado tal vez por las inclemencias del cierre y las urgencias de los editores. Pero esta simple anécdota resiste una interpretación distinta, otra lectura, exagerada sin duda, pero interesante al mismo tiempo. La confusión novelística muestra, en mi opinión, el aislamiento de Colombia, nuestro destierro intelectual, las penurias de un escritor en la periferia del planeta. Unos años después, en Barranquilla, García Márquez entraría en contacto con la cultura de su tiempo por intermedio del “sabio” catalán Ramón Vinyes, Álvaro Cepeda Samudio y Julio Mario Santo Domingo, entre otros.

Un contraste, una comparación (odiosa como todas) ilustra de manera precisa la interpretación propuesta. Diez años antes, entre 1937 y 1938, en Buenos Aires, Argentina, un escritor latinoamericano ya maduro, Jorge Luis Borges, escribió cuatro reseñas distintas sobre los libros de Aldous Huxley. Las reseñas muestran, en su conjunto, un gran sentido crítico, un conocimiento pleno de la obra del novelista inglés y una conexión evidente con la cultura de su tiempo. Borges es la antítesis del intelectual periférico. El joven García Márquez es casi su personificación.

“Mejor le sirven a la humanidad —escribió Borges sobre la dinastía Huxley— interrogando al mundo sin otro compromiso que el de la probidad de su método. Eso debe ser la tradición, un instrumento, no la perpetuación de unos malos humores”. Unos meses antes

Borges había llamado la atención sobre la admirable imparcialidad de Huxley, sobre su pacifismo

genuino, alejado de los dogmas asesinos del siglo xx. “La defensa militar del socialismo contra el fascismo viene a ser, en la práctica, la transformación de la comunidad socialista en una comunidad fascista”, escribió Huxley en su *Enciclopedia del pacifismo*, reseñada por Borges en septiembre de 1937. En Colombia, hemos tardado décadas (o siglos) en entender este punto, obvio en apariencia.

Sea lo que sea, la confusión garciamarquiana permite hacer una precisión, proponer una nota al pie de página. La soledad de América Latina, nuestro aislamiento, la diferencia (el abismo) entre la manera como percibimos nuestra realidad desde adentro y como otros la perciben desde afuera, no ha sido la misma en Buenos Aires, México o Río que en Bogotá o Cartagena. El aislamiento colombiano es peculiar, distinto, más hondo. La soledad colombiana es más profunda, más esencial. Hemos venido superándola poco a poco, pero todavía nos caracteriza, nos define. Hemos vivido por muchas décadas o por siglos, a espaldas del *brave new world*. 

